

dron (1) (que en mi vida vi perro y gato (a) juntos con la paz que aquel día); hizonos gran fiesta, y como él y los ministros del carretero iban horros (que ya habían llegado también con el hato ántes, (2) que nosotros veníamos de espacio), pegóse al coche, dióme á mí la mano para salir del estribo, y díjome si iba á estudiar. Yo le respondí que sí. Metióme adentro, donde estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cura rezando al olor, un viejo mercader y avariento procurando olvidarse de cenar, y dos estudiantes fregonés de los de mantellina buscando trazas para engullir. Mi amo pues, como más nuevo (3) en la venta, y muchacho, dijo: «Señor huésped, déme lo que hubiere para mí y dos criados.» «Todos lo somos de vuesa merced, dijeron al punto los rufianes, y le hemos de servir. Hola huésped, (4) mirá que este caballero os agradecerá lo que hiciéredes; vaciad la (5) dispensa.» Y diciendo esto llegóse uno y quitóle la capa diciendo: «Descanse vuesa merced, mi señor;» y púsola en un poyo. Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la venta. Dijo una de las niñas: «¡Qué buen talle de caballero! ¿Y va á estudiar? ¿Es vuesa merced su criado?» Yo respondí creyendo que era así como lo decían, que yo y el otro lo éramos. Preguntáronme su nombre, y no bien lo dije, cuando (6) el uno de los estudiantes se llegó á él, medio llorando, y dándole un abrazo apretadísimo, dijo: «¡Oh mi señor don Diego! ¿Quién me dijera á mí agora diez años que había de ver (7) yo á vuesa merced desta manera! ¡Desdichado de mí, que estoy tal que no me conocerá vuesa merced!» El se quedó admirado y yo también, que juramos entramos no habelle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando á don Diego á la cara, y dijo á su amigo: «¿Es este señor de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas? ¡Gran dicha ha sido nuestra encontralle y conocelle, según está de grande! Dios le guarde;» y empezó á santiguarse. ¿Quién no creyera que se habían criado con nosotros? Don Diego se le ofreció mucho, y preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles, y oliendo la estafa, dijo: «Dejen eso, que después de cenar se hablará; que se enfria.» Llegó un rufian y puso asientos para todos, y una silla para don Diego, y el otro trujo un plato. Los estudiantes dijeron: «Cene vuesa merced; que entre tanto que á nosotros nos (8) adrezan lo que hubiere, le serviremos á la mesa.» «¡Jesus! dijo don Diego, vuestas mercedes se asienten si son servidos;» y á esto respondieron los rufianes (no hablando con ellos): «Luego, mi señor, que aun no está todo á punto.» Yo cuando vi á los unos convidados y á los otros que se convidaban, afligíme y temí lo que sucedió, porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando á mi amo dijeron: «No es razón que donde está un caballero tan principal se queden estas damas por comer; mande vuesa merced que alcancen

(1) (y en mi vida) (M. F.)

(a) Perro llamaban los cristianos á los moros; gato se dice del ladrón.

(2) porque nosotros (M. F.)

(3) en venta, (Id.)

(4) mirad que (F.)

(5) dispensa. (Id.)

(6) uno (Id.)

(7) á vuesa merced (M. F.)

(8) adrezan (Id.)

un bocado.» El, haciéndolo galán, convidólas: sentáronse, y entre los dos estudiantes y ellas no dejaron (9) en cuatro bocados sino un cogollo, el cual se comió don Diego; y al dársele aquel maldito estudiante le dijo: «Un agüelo tuvo vuesa merced tío de mi padre, que en viendo lechugas se desmayaba; ¡qué hombre era tan caball!» Y diciendo esto, se puso un panecillo, y el otro otro. Pues las niñas ya daban cuenta de un pan, y el que más comía era el cura con el mirar solo. Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado, dos lonjas de tocino y un par de palominos cocidos, y dijeron: «Pues, padre, ¿ahí se está? Llegue y alcance; que mi señor don Diego nos hace merced á todos.» No bien se lo dijeron cuando se sentó: ya cuando vió mi amo que todos se le habían encajado, comenzó á afligir. Repartieronlo todo, y al don Diego dieron no sé qué huesos y alones; lo demás engulleron el cura y los otros. Decían los rufianes: «No cene mucho, señor, que le hará mal;» y replicaba el maldito estudiante: «Y más que es menester hacerse á comer poco para la vida de Alcalá.» Yo y el otro (10) criado estábamos rogando á Dios que les pusiese en corazón que dejasen algo. Y ya que (11) lo hubieron comido todo, y que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió (12) el un rufian y dijo: «¡Oh pecador de mí! No habemos dejado nada á los criados. Vengan aquí vuestas mercedes. Ah (13) señor huésped, déles todo lo que hubiere; vé aquí un doblón.» Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo (digo el escolar), y dijo: «Aunque vuesa merced me perdona, señor hidalgo, debe saber poco de cortesía: ¿conoce por dicha á mi señor primo? El dará á sus criados y aun á los nuestros si los tuviéramos, como nos ha dado á nosotros.—No se enoje vuesa merced, que no le conocían.» Maldiciones le eché cuando vi tan (14) grande disimulación, que no pensé acabar. Levantaron las mesas, y todos dijeron á don Diego que se acostase; él quería pagar la cena, y replicáronle que á la mañana había lugar. Estuviéronse un rato hablando; (15) preguntóle su nombre al estudiante, y él dijo que se (16) llamaba don Tal Coronel. En malos infiernos arda el embustero en donde quiera que está. Vió (17) que dormía el avariento, y dijo: «¿Vuesa merced quiere reír? Pues hagamos alguna burla á este viejo, que no ha comido sino un pero en todo el camino, y es riquísimo.» Los rufianes dijeron: «Bien haya el licenciado; hágalo, que es razón.» Con esto se llegó y sacó al pobre viejo que dormía, de debajo de los pies unas alforjas, y desenvolviéndolas halló una caja, y como si fuera de guerra, hizo gente. Llegáronse todos, y abriéndola, vió que era de alcorzas. Sacó todas cuantas había, y en su lugar puso piedras, palos y lo que halló; luego se proveyó sobre lo dicho, y encima de la sociedad puso hasta una docena de yesones. Cerró la caja y dijo: «Pues aun no (18) basta; que bota tiene.» (19) Sacóla el vino, y desenfundando una almohada de nuestro co-

(9) sino un cogollo en cuatro bocados, (Z. R. P.)

(10) estudiante estábamos (Id.)

(11) le hubieron (M.)

(12) el rufian (M. F.)

(13) señor huésped, (M.)

(14) gran (M. F.)

(15) y preguntóle (Id.)

(16) llama don Coronel (M.)

(17) el avariento que dormía, y dijo: (Z. R. P.)

(18) basta. Sacóla (R.)

(19) Sacóla el vino, y desenfundando (M. F.)

CAPITULO V.

De la entrada (11) de Alcalá, patente y burlas que me hicieron por nuevo.

che, después de haber echado un poco vino debajo, se la llenó de lana y estopa y la cerró. Con esto se fueron todos á acostar para una hora (1) que quedaba ó media, y el estudiante lo puso todo en las alforjas, y en la capilla del gaban echó una gran piedra, y fuése á dormir. Llegó la hora del caminar, despertaron todos, y el viejo todavía dormía. Llamáronle, y al levantarse no podía levantar la capilla del gaban; miró lo que era, y el (2) mesonero adrede le riñó diciendo: «Cuerpo de Dios, ¿no halló otra cosa que llevarse, padre, sino esta piedra? ¿Qué les parece á vuestas mercedes, si yo no lo hubiera visto? (3) Cosa es que estimo en más de cien ducados, porque es contra el dolor de estómago.» Juraba y perjura diciendo que (4) no había metido él tal en la capilla.

Los rufianes hicieron la cuenta, y vino á montar sesenta reales, que no entendiera Juan de (5) Leganos la suma. Decían los estudiantes: «Como hemos de servir á vuesa merced en Alcalá, quedamos ajustados en el gasto.» Almorzámos un bocado, y el viejo tomó sus alforjas; y porque no viésemos lo que sacaba y no partir con nadie, desatólas á oscuras debajo el gaban, y agarrando un yeson untado, echósele en la boca, y (6) fuéle á hincar una muela y medio diente que tenía, y por poco los perdiera. Comenzó á escupir y hacer gestos de asco y de dolor. Llegámos todos á él, y el cura el primero, diciéndole qué tenía. Comenzó á ofrecer á Satanás, dejó caer las alforjas, llegóse á él el estudiante, y dijo: «Arrietro vayas, Satan, cata la cruz.» Otro abrió un breviario, y hiciéronle creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dijo lo que era, y pidió le dejasen (7) enjuagar la boca con un poco de vino que él traía en la bota. Dejáronle, y sacándola abríola; y abocando en un vasito un poco de vino, salió con lana y estopa un vino salvaje, tan barbado y velloso, que no se podía beber ni colar. Entónces acabó de perder la paciencia el viejo, pero viendo las descompuestas carcajadas de risa, tuvo por bien el callar y subir en el carro con los rufianes y mujeres. Los estudiantes y el cura se ensartaron en un boricco, y nosotros nos pusimos en el coche; y aun no bien había comenzado á caminar, cuando los unos y los otros nos comenzaron á dar vaya, declarando la burla. El ventero decía: «Señor nuevo, á pocas estrenas como esta envejecerá.» El cura decía: «Sacerdote soy, allá se lo (8) dirán de misas.» Y el estudiante maldito voceaba: «Señor primo, otra vez rásquese cuando le coma, y no después.» El otro decía: «Sarna (9) dé á vuesa merced, señor don Diego.» Nosotros dimos en no hacer caso. Dios sabe cuán corridos íbamos.

Con estas y otras cosas llegamos á la villa; apeámonos (10) en meson, y en todo el día (que llegamos á las nueve) acabamos de contar la cena pasada, y nunca podimos sacar en limpio el gasto.

(1) ó media que quedaba, (M. F.)

(2) ventero adrede (Id.)

(3) Cosa que (Id.)

(4) él no había metido tal (Id.)

(5) Leganés (F.)—Léganos (La edición de Sancho.)

(6) fué á hincarle (Id.)

(7) enjuagar (La edición de Sancho.)

(8) diré (M. F.)

(9) de vuesa merced, (Z. R. P.)

(10) en un meson (M. F.)—en el meson (R.)

Antes que anocheciese salimos del meson á la casa que nos tenían alquilada, que estaba fuera la puerta de Santiago, patio de estudiantes donde hay muchos juntos, aunque esta teníamos entre tres moradores diferentes no más. Era el dueño y huésped de los que creen en Dios por cortesía ó sobre falso: moriscos los llaman en el pueblo, que (12) hay muy grande cosecha desta gente y de la que tiene sobradas narices, y solo les faltan para oler tocino: digo esto, confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha. Recibíome pues el huésped con peor cara que si yo fuera (13) el Santísimo Sacramento; ni sé si lo hizo porque le comenzásemos á tener respeto, ó por ser natural suyo dellos, que no es mucho tenga mala condición quien no tiene buena ley. Pusimos nuestro hato, acomodámos las camas y lo demás, y dormimos aquella noche. Amaneció, y hélos aquí en camisa todos los estudiantes de la posada á pedir la patente á mi amo. Él, que no sabía lo que era, preguntóme que qué querían. Y yo entre tanto, por lo que podía suceder, me acomodé entre dos colchones, y sola tenía la media cabeza fuera, que parecía tortuga. Pidieron dos docenas de reales; diéronselos, y cantando comenzaron una grita del diablo, diciendo: «Viva el compañero, y sea admitido en nuestra amistad; goce de las preeminencias de antiguo; pueda tener sarna, andar manchado y padecer el hambre que todos.» Y con esto (¡mire vuesa merced qué privilegios!) volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para escuelas. A mi amo apadrináronle unos colegiales conocidos de su padre, y entró en su general; pero yo, que había de entrar en otro diferente y fui solo, comencé á temblar. Entré en el patio, y no hube metido bien el pie, cuando me encararon y empezaron á decir: «Nuevo.» Yo, por disimular, dí en reír, como que no hacía caso, mas no bastó, porque llegándose á mí ocho ó nueve, comenzaron á reírse. Púseme colorado (nunca Dios lo permitiera), pues al instante se puso uno que estaba á mi lado sus manos en las narices, y apartándose dijo: «Por resucitar está este Lázaro, según hiede;» y con esto todos se apartaron, tapándose las narices. Yo, que me pensé escapar, también me puse las manos y dije: «Vuestas mercedes tienen razón, que güele muy mal.» Dióles mucha risa, y apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron á escarbar y tocar al arma, y en las toses y abrir y cerrar de las bocas, vi que se (14) me aparejaban gargajos. En esto un manchegazo acatarrado me hizo alarde de uno terrible, diciendo: «Esto hago.» Yo entónces, que me vi perdido, dije: «Juro á Dios que me la...» Iba á decirle, pero fué tal la batería y lluvia que cayó sobre mí, que no pude acabar la razón. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban á mí, y era de ver sin duda cómo tomaban la puntería. Estaba ya nevado de pies á cabeza; pero un bellaco, viéndome cubierto y que no tenía en la cara cosa, arrancó hácia mí, diciendo

(11) en Alcalá, (M. F.)

(12) aun hay (Id.)

(13) cura, y le pidiera la cédula de confesion; ni sé (Id.)

(14) aparejaban (Id.)

con gran cólera: «Basta, no le mateis.» Yo, que según me trataban, creí dellos que lo harían, destapé por ver lo que era, y al mismo tiempo el que daba las voces me (1) clavó un gargajo entre los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias: levantó la infernal gente una grito que me aturdió; y yo, según lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que por ahorrar de médicos y boticas aguardaban nuevos para purgarse. Quisieron tras esto darme de pescozones; pero no había (2) dónde, sin llevarse en las manos la mitad del aceite de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dejaronme; y iba hecho (3) aljufaina de viejo á pura saliva; fuíme á casa, que apenas acerté á entrar en ella, y fué ventura el ser de mañana, porque solo topé dos ó tres muchachos (que debían ser bien inclinados) porque no me tiraron más de cuatro ó seis trapazos, y luego se fueron. Entré en casa, y el morisco, que me vió, comenzó á reirse y hacer como que quería escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije: «Tened, huésped, que no soy *Ecce-Homo*.» Nunca lo dijera, porque me dió dos libras de porrazos sobre los hombros con las pesas que tenía. Con esta ayuda de costa, medio (4) baldado, subí arriba, y en buscar por dónde asir la sotana y el manteo se pasó mucho rato; al fin le quité, y me eché en la cama, y colgué en una azotea. Vino mi amo, y como me halló durmiendo y no sabía la asquerosa aventura, enojóse y comenzóme á dar repelones con tanta priesa, que á dos más me despertó calvo. Levantéme dando voces y quejándome, y él con más cólera dijo: «¿Es buen modo de servir este, Pablos? Ya es otra vida.» Yo, cuando oí decir otra vida, entendí que era ya muerto, y dije: «Bien me anima vuesa merced en mis trabajos; vea cuál está aquella sotana y manteo, que ha servido de pañizuelos á las mayores narices que se han visto jamás en paso de Semana Santa;» y con esto empecé á llorar. El, viendo mi llanto, creyólo, y buscando la sotana y viéndola, compadecióse de mí y dijo: «(5) Pablos, abre el ojo, que asan carne; mira por tí, que aquí no tienes otro padre ni madre.» Contéle todo lo que había pasado, y mandóme desnudar y llevar á mi aposento, que era donde dormían cuatro criados de los huéspedes de casa. Acostéme y dormí; y con esto á la noche, después de haber comido y cenado bien, me hallé fuerte ya, como si no hubiera pasado nada por mí; pero cuando comienzan desgracias en (6) una, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas, y unas traen á otras. Vinieronse á acostar los otros criados, y saludándome todos, me preguntaron si estaba malo, y cómo estaba en la cama. Yo les conté el caso, y al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron á santiguar diciendo: «No se hiciera entre luteranos.— ¡Hay tal maldad!» Otro decía: «El Retor tiene la culpa en no poner remedio. ¿Conocerá los que eran?» Yo respondí que no, y agradecíles la merced que me mostraban hacer. Con esto se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormíme yo, que me pare-

(1) clavó (M. F.)
 (2) en dónde (M.)
 (3) aljufaina (Z. R. P.)
 (4) vengado, subí (Id.)
 (5) Pablo, (Z. P.)
 (6) uno (M. F.)

cia estaba con mi padre y mis hermanos. Debían ser las doce, cuando el uno dellos me despertó á puros gritos, diciendo: «¡Ay, que me matan! ¡Ladrones!» Sonaban en su cama unas voces y golpes de látigo. Yo levanté la cabeza y dije: «¿Qué es eso?» y apenas me descubrí, cuando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas. Comencé á quejarme, quiseme levantar; quejábame el otro también, y dábame á mí solo. Yo comencé á decir: «Justicia de Dios!» Pero menudeaban tanto los azotes sobre mí, que ya no me quedó (por haberme tirado las frazadas abajo) remedio sino el de meterme debajo de la cama. Hicelo así, y al punto los tres que dormían empezaron á dar gritos también; y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de afuera nos daba á todos. Entre tanto aquel maldito que estaba junto á mí se pasó á mi cama y proveyó en ella y cubrióla; y pasándose á la suya, cesaron los azotes, y levantáronse con grandes gritos todos cuatro diciendo: «Es gran bellaquería, y no ha de pasar así.» Yo todavía me estaba debajo de la cama, quejándome como perro cogido entre puertas, tan encogido, que parecía un galgo con calabre. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo entonces salí de donde estaba, y subíme á mi cama, preguntando si acaso les habían hecho mal: todos se quejaban de muerte. Acostéme y cubríme, y torné á dormir; y como entre sueños me revolcase, cuando desperté halléme suicio hasta las trenzas. Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme; no había diablos que me moviesen de un lado: estaba confuso considerando si acaso con el miedo y la turbación, sin sentirlo, había hecho aquella vileza, ó si entre sueños; al fin yo me hallaba inocente y culpado, y no sabía disculparme. Los compañeros se llegaron á mí quejándose y muy disimulados á preguntarme cómo estaba; y yo les dije que muy malo, porque me habían dado muchos azotes. Preguntábalos yo qué podía haber sido, y ellos decían: «A fé que no se escape, que el matemático nos lo dirá. Pero dejando esto, veamos si estais herido, que os quejábades mucho;» y diciendo esto, fuéron á levantar la ropa con deseo de afrentarme. En esto mi amo entró diciendo: «¿Es posible, Pablos, que no he de poder contigo? Son las ocho, ¿y estáste en la cama? Levántate enhoramala.» Los otros, por asegurarme, contaron á don Diego el caso todo, y pidiéronle que me dejase dormir, y decía uno: «Y si vuesa merced no lo cree, levanta, amigo,» y agarraba de la ropa. Yo la tenía asida con los dientes por no mostrar la caca; y cuando ellos vieron que no había remedio por aquel camino, dijo uno: «¡Cuerpo de (7) Dios, y cómo hiede!» Don Diego dijo lo mismo, porque era verdad; y luego tras él comenzaron todos á mirar si había en el aposento algun servicio; decían que no se podía estar allí. Dijo uno: «Pues es muy bueno esto para haber de estudiar.» Miraron las camas, y quitáronlas para ver debajo, y dijeron: «Sin duda debajo de la de Pablos hay algo; pasémosle á una de las nuestras, y miremos debajo della.» Yo, que veía poco remedio en el negocio y que me iban á echar la garra, fingí que me había dado mal de corazón; agarréme á los palos y hice visajes. Ellos, que sabían el misterio, apretaron conmigo,

(7) tal, (M. F.)

diciendo: «¡Gran lástima!» Don Diego me tomó el dedo del corazón, y al fin entre los cinco me levantaron; y al alzar las sábanas fué tanta la risa de todos, viendo los recientes, no ya palominos, sino palomos grandes, que se hundía el aposento. «Pobre del», decían los grandísimos bellacos; yo hacia el desmayado. «Tírele vuesa merced mucho dese dedo del corazón;» y mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró, que me le desconcertó. Los otros también trataron de darme un garrote en los muslos, y decían: «El pobrecito agora sin duda se ensució cuando le dió el mal.» ¿Quién dirá lo que yo pasaba entre mí, lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo, y á peligro de que me diesen garrote! Al fin, de miedo que me le diesen (que ya me tenían los cordeles en los muslos), hice que había vuelto; y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habían hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dejaronme diciendo: «¡Jesus, y qué (1) flaco sois!» Yo lloraba de enojo, y ellos decían adrede: «Más va en vuestra salud que (2) en el haberos ensuciado; callá;» y con esto me pusieron en la cama después de haberme lavado, y se fueron. Yo no hacia á solas sino considerar cómo casi era más lo que había pasado en Alcalá en un día que todo lo que me sucedió con Cabra. A mediodía me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude (lavándola como gualdrapa), y aguardé á mi amo, que en llegando me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de casa y yo, aunque poco y de mala gana; y después, juntándonos todos á hablar en el corredor, los otros criados, después de darme vaya, declararon la burla. Riéronla todos; doblóseme mi afrenta; y dije entre mí: «Avison, Pablos, alerta.» Propuse de hacer nueva vida; y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de (3) la casa como hermanos, y en las escuelas y patios nadie me inquietó más.

CAPITULO VI.

De las crueldades del ama, y travesuras que yo hice.

«Haz como vieres» dice el refrán, y dice bien. De puro considerar en él, vine á resolverme de ser bellaco con los bellacos, y más, si pudiese, que todos. No sé si salí con ello; pero yo aseguro á vuesa merced que hice todas las diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vida á todos los cochinos que se entrasen en casa, y los pollos del ama que del corral pasasen á mi aposento. Sucedió que un día entraron dos puercos del mejor garbo que vi en mi vida; yo estaba jugando con los otros criados, y oílos gruñir y dije á uno: «Vaya, y vea quién gruñe en nuestra casa.» Fué, y dijo que dos marranos. Yo, que lo oí, me enojé tanto, que salí allá diciendo que era mucha bellaquería y atrevimiento venir á gruñir á casas ajenas; y diciendo esto, envaséle á cada uno (á puerta cerrada) la espada por los pechos, y luego los acogotamos; y porque no se oyese el ruido que hacían, todos á la par dábamos grandísimos gritos como que cantábamos; y así espiraron en nuestras manos. Sacamos los vientres, recogimos la sangre, y á puros jergones los medio chamuscamos en el corral; de suerte que cuando vinieron los amos ya estaba hecho, aunque mal, sino eran los vientres, que no estaban

(1) flojo sois! (M. F.)
 (2) en haberos ensuciado: callad; (Id.)
 (3) casa (R. M. F.)

acabadas de hacer las moreillas, y no por falta de priesa, que en verdad (4) que por no detenernos (5) las habíamos dejado la mitad de lo que (6) ellos se tenían dentro. Supo pues don Diego y el mayordomo el caso, y enojáronse conmigo de manera, que obligaron á los huéspedes (que de risa no se podían valer) á volver por mí. Preguntábame don Diego qué había de decir si me acusaban y me prendía la justicia. A lo cual respondí yo que me llamaría (7) á hambre, que es el sagrado de los estudiantes, y si no me valiese, diría: «Como se entraron sin llamar á la puerta, como en su casa, entendí que eran nuestros.» Riéronse todos de las disculpas. Dijo don Diego: «A fé, Pablos, que os haceis á las armas.» Era de notar ver á mi amo tan quieto y religioso, y á mí tan travieso, que el uno exageraba al otro ó la virtud ó el vicio.

No cabía el ama de contento, porque éramos los dos al mohino: habiamonos conjurado contra la despena. Yo era el despensero Júdas, que desde entónces heredé no sé qué amor á la sisa en este oficio. La carne no guardaba en manos del ama la orden retórica, porque siempre iba de más á menos; y la vez que podía echar cabra ó oveja, no echaba carnero; y si había huesos, no entraba cosa magra: y así hacia unas ollas típicas, de puro flacas; unos caldos, que á estar cuajados, se podían hacer sartas de cristal de las dos pascuas. Por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solía echar unos cabos de velas de sebo. Ella decía (cuando yo estaba delante) á mi amo: «Por cierto que no hay servicio como el de Públicos, si él no fuese travieso; consérvele vuesa merced, que bien se le puede sufrir el ser travieso por la fidelidad; lo mejor de la plaza trae.» Yo por el consiguiente, decía de ella lo mismo, y así teníamos engañada la casa. Si se compraba aceite de por junto, carbon ó tocino, escondíamos la (8) mitad, y cuando nos parecía decíamos el ama y yo: «Modérense vuestras mercedes en el gasto; que en verdad, si se dan tanta priesa, no baste la hacienda del Rey. Ya se ha acabado el aceite ó el carbon; pero tal priesa se han dado. Mande vuesa merced comprar más, y á fé que se ha de lucir de otra manera: dénde dineros á Públicos.» Dábanmelos, y vendíamosles la mitad sisada, y de lo que comprábamos, la otra mitad; y esto era en todo. Y si alguna vez compraba yo algo en la plaza por lo que valía, reñíamos adrede el ama y yo. Ella decía como enojada: «No me digais á mí, Públicos, que estos son dos cuartos de ensalada.» Yo hacia que lloraba, daba muchas voces, y íbame á quejar á mi señor, y apretábale para que enviase el mayordomo á saberlo, para que callase el ama, que adrede porfiaba. Iba, y sabía lo, y con esto asegurábamos al amo y al mayordomo, y quedaban agradecidos, en mí á las obras, y en el ama al celo de su bien. Decíale don Diego, muy satisfecho de mí: «Así fuese Públicos aplicado á virtud, (9) como es de fiar: toda esta es la lealtad. ¿Qué me decis vos del?» Tuvimoslos desta manera chupándonos como (10) sanguisuelas: yo apostaré que vuesa merced se espanta

(4) por no (M. F.)
 (5) les (Id.)
 (6) ellas (Z. R. P.)
 (7) hambre, (M. F.)
 (8) mitad, (R. F.)
 (9) como es de fiar. Tuvimoslos desta manera (M. F.)
 (10) sanguisuelas. (F.)

de la suma del dinero al cabo del año. Ello mucho debió de ser, pero no obligaba á restitucion, porque el ama (1) confesaba y comulgaba de (2) ocho á ocho dias, y nunca le vi rastro ni imaginacion de volver nada ni hacer escrupulo, con ser, como digo, una santa. Traia un rosario al cuello siempre tan grande, que era más barato llevar un haz de leña á cuestras. Del colgaban muchos manojos de imágenes, cruces y cuentas de perdones. En todas decia que rezaba cada noche por sus bienhechores. Contaba ciento y tantos santos (3) abogados suyos; y en verdad que habia menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. (4) Acostábase en un aposento encima del de mi amo, y rezaba más oraciones que un ciego. Entraba por el Justo Juez, y acababa con el *Conquibules* (que ella decia) y en la *Salve Rehila*. Decia las oraciones en latin adrede por fingirse inocente; de suerte que nos despedazábamos de risa todos. Tenia otras habilidades: era conquisidora de voluntades y corchete de gustos, que es lo mismo que alcabueta; pero disculpábase conmigo, diciendo que le venia de casta, como al rey de Francia curar lamparones. Pensará vuesa merced que siempre estuvimos en paz; pues ¿quién ignora que dos amigos, como sean cudiciosos, si están juntos se han de procurar engañar el uno al otro? Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral; yo tenia gana de comerla una: tenia doce ó trece pollos grandecitos; y un dia, estando dándoles de comer, comenzó á decir: «Pío, pío,» y esto muchas veces. Yo que oí el modo de llamar, comencé á dar voces y dije: «¡Oh cuerpo de (5) Dios, ama! ¿No hubiéradades muerto un hombre, ó hurtado moneda al Rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habeis hecho, que es imposible dejarlo de decir? ¡Mal aventurado de mí y de vos! Ella, como me vió hacer extremos con tantas véras, turbóse algun tanto y dijo: «Pues, Pablos, yo ¿qué he hecho? Si te burlas, no me aflijas más.» «¿Cómo burlas? ¡pesa tal! Yo no puedo dejar de dar parte á la Inquisicion, porque si no, estaré descomulgado.» «¿Inquisicion?» dijo ella, y empezó á temblar; «¿pues yo he hecho algo contra la fé?» «Eso es lo peor, decia yo: no os burleis con los inquisidores; decid que fuistes una boba y que os desdecis, y no neguéis la blasfemia y desacato.» Ella con el miedo dijo: «Pues, Pablos, y si me desdigo, ¿castigaránme?» Respondíle: «No, porque solo os absolverán.» «Pues yo me desdigo, dijo. Pero dime tú de qué; que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos.» «Es posible que no advertisteis en qué? No sé cómo (6) lo diga; que el desacato es tal, que me acobarda. ¿No os acordáis que dijisteis á los pollos, pío, pío, y es Pío nombre de los papas, vicarios de Dios y cabezas de la Iglesia? Papáos (7) el pecadillo.» Ella quedó como muerta, y dijo: «Pablos, yo lo dije, pero no me perdona Dios si fué con malicia. Yo me desdigo: mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme; que me moriré si me veo en la Inquisicion.» «Como vos jureis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo asegurado po-

(1) confesaba de ocho á ocho dias, (M. F.)
 (2) á ocho á ocho (Z. R. P.)
 (3) abogados (M.)
 (4) Acostábase (Id.)
 (5) tal, ama! (M. F.)
 (6) me lo diga; (Id.)
 (7) ese pecadillo. (Id.)

dré dejar de acusaros; pero será necesario que esos dos pollos que comieron llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices, me los déis para que yo los lleve á un familiar que los quemé, porque están dañados; y tras esto habeis de jurar de no reincidir de ningún modo.» (8) Ella muy contenta dijo: «Pues llévate los, Pablos, agora; que mañana juraré (9).» Yo, por más asegurarla, dije: «Lo peor es, Cepriana (que así se llamaba), que yo voy á riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entre tanto me podrá hacer vejacion. Llevadlos vos; que yo pardiez que temo.» «Pablos (decia cuando me oyó esto), por amor de Dios, que te duelas de mí y los lleves; que á tí no te puede suceder nada.» Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin (que era lo que queria) determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo: «Mejor se ha hecho que yo pensaba; queria el familiarcito venirse tras mí á ver la mujer, pero lindamente (10) te le he engañado y negociado.» Dióme mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuíme con él adonde habia dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los demas criados. Supo el ama y don Diego la maraña, y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena, (11) que por poco se muriera; y de enojo no estuvo (12) á dos dedos (á no tener por qué callar) de decir mis sisas. Yo, que me vi ya mal con el ama, y que no (13) la podia burlar, busqué nuevas trazas de holgarme, y dí en lo que llaman los estudiantes correr ó rebatar. En esto me sucedieron cosas graciosas, porque yendo una noche á las nueve (que ya anda poca gente) por la calle Mayor, vi una confitería y en ella un cofin de pasas sobre el tablero; y tomando vuelo, vine, agarréle, dí á correr: el confitero dió tras mí y otros criados y vecinos. Yo como iba cargado, vi que aunque les llevaba ventaja, me habian de alcanzar, y al volver una esquina sentéme sobre él, y envolví la capa á la pierna de presto, y empecé á decir con la pierna en la mano. «¡Ay! Dios se lo perdone, que me ha pisado.» Oyéronme esto, y en llegando empecé á decir: «Por tan alta señora,» y lo ordinario de la hora menguada y aire corruto. Ellos se venian (14) desganiando, y dijéronme: «¿Va por ahí un hombre, hermano?» «Ahí delante; que aquí me pisó, loado sea el Señor.» Arrancaron con esto, y fuéronse: quedé solo, llevéme el cofin á casa, conté la burla, y no quisieron creer que habia sucedido así, aunque lo celebraron mucho, por lo cual los convidé para otra noche á verme correr cajas. Vinieron, y advirtiéndolos que estaban las cajas dentro la tienda y que no las podia tomar con la mano, tuvieronlo por imposible, y más por estar el confitero (por lo que le sucedió al otro de las pasas) alerta. Vine pues, y metiendo doce pasos atrás de la tienda mano á la espada, que era un estoque recio, partí corriendo, y en llegando á la tienda, dije: «Muera,» y tiré una estocada por delante el confitero: (15) él se dejó caer pidiendo confesion, y yo dí la estocada en una caja

(8) «Agora; que mañana juraré yo.» Por más asegurarla (R.)
 (9) yo. Por más asegurarla (Z. R. P.)
 (10) le he engañado (R. M. F.)
 (11) por poco (Z. R. P.)
 (12) dos dedos (Id.)
 (13) le (Id.)
 (14) desganiando (Id.)
 (15) dejóse caer (M. F.)

y la pasé y saqué en la espada y me fui con ella. (1) Que-dáronse espantados de ver la traza, y muertos de risa de que el confitero decia que le mirasen, que sin duda le habia herido, y que era un hombre con quien habia tenido palabras; pero volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas al salir de la caja las que estaban al derredor, echó de ver la burla, y empezó á santiguarse, que no pensó acabar. Confieso que nunca me supo cosa tan bien. Decian los compañeros que yo solo podia sustentarse la casa con lo que corria; que es lo mismo que hurtar en nombre revésado. Yo, como era muchacho y veia que me alababan el ingenio con que salia destas travesuras, animábame para hacer otras más. Cada dia traia la pretina de jarras de monjas, que les pedia para beber, y me venia con ellas; introduje que no diesen nada sin prenda primero. Y así, prometí á don Diego y á todos los compañeros de quitar una noche las espadas á la misma ronda. Señalóse cuál habia de ser, y fuimos juntos, yo delante; y en columbrar la (2) justicia lleguéme con otro de los criados de casa muy alborotado, y dije: «¿Justicia?» Respondieron: «Sí.» «¿Es el Corregidor?» Dijeron que sí. Hinquéme de rodillas y dije: «Señor, en sus manos de vuesa merced está mi remedio y mi venganza, y mucho provecho de la república; mande vuesa merced oirme dos palabras á solas, si quiere una gran prision.» Apartóse, y ya los corchetes estaban empuñando las espadas y los alguaciles poniendo mano á las varetas, y dijele: «Señor, yo he venido de Sevilla siguiendo seis hombres los más facinorosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató á mi madre y á un hermano mio por (3) robarlos, y le está probado esto; y vienen acompañando, segun les (4) he oido decir, á una espía francesa; y aun sospecho, por lo que les (5) he oido, que es (y abajando más la voz dije) de Antonio Perez (a).» Con esto el Corregidor dió un salto hácia arriba y dijo: «¿Adónde están?» «Señor, en la casa pública; no se detenga vuesa merced, que las ánimas de mi madre y (6) hermanos se lo pagarán en oraciones, y (7) el Rey.» «Hacia Jesus. No nos detengamos; seguidme todos, dadme una rodela.» Yo le dije (tornándole á apartar): «Señor, perderse ha si vuesa merced hace eso; antes importa que todos entren sin espadas y uno á uno; que ellos están en los aposentos y traen pistoletes, y en viendo entrar con espadas, como no la puede traer sino la justicia, dispararán. Con dagas es mejor, y cogelos por detrás los brazos, que demasiados vamos.» Cuadróle al Corregidor la traza, con la codicia de la prision. En esto llegamos cerca, y el Corregidor, advertido, mandó que debajo de unas yerbas pusiesen (8) todas las espadas escondidas en un campo que está frente casi de la casa: pusieronlas y caminaron. Yo, que ha-

(1) Admiráronse de ver la traza, muriéndose de risa (M. F.)
 (2) me llegué (Id.)
 (3) matoros, y les está (Z. R. P.)
 (4) oido (Z. P.)
 (5) oido (Z. R. P.)
 (6) ¿A quién son desconocidos la varia fortuna de este famoso varon, secretario de estado de Felipe II, su refugio en Zaragoza (que puso aquel reino en el último peligro), su violenta fuga á Francia en 1591, su muerte en 1611?
 (7) hermano (F.)
 (8) el Rey. Hacia, Jesus no nos detengamos, (Z. R. P.)—... Hacia, Jesus, no etc. (M. F.)
 (9) todas (Z. M.)

bia avisado al otro que ellos dejarlas y él tomarlas y pescarse á casa fuese todo uno, hizolo así; y al entrar todos, quedéme atras el postrero, y en entrando ellos mezclados con otra gente que iba (9), dí cantonada, y emboquéme por una callejuela que va á dar (10) cerca la Vitoria, que no me alcanzara un galgo. Ellos, que entraron y no vieron nada, porque no habia sino estudiantes y pícaros, que es todo uno, comenzaron á buscarme; y no me hallando sospecharon lo que fué: yendo á buscar sus espadas, no hallaron media. ¿Quién contará las diligencias que hizo con el (11) Rector el Corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios reconociendo las camas. Llegaron á casa; y yo, porque no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador y con una vela en la mano, y un cristo en la otra, y un compañero clérigo ayudándome á morir; los demas rezando las letanias. Llegó el Rector y la justicia, y viendo el espectáculo, se salieron, no persuadiéndose que allí pudiera haber habido lugar para tal cosa. No miraron nada; antes el Rector me dijo un responso. Preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí; y con tanto se fueron desesperados de ballar rastro, jurando el Rector de remitirle si le topasen, y el Corregidor de ahorcarle aunque fuese hijo de un grande. Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá (b). Y por no ser largo, dejo de contar cómo hacia monte la plaza del pueblo, pues de cajones de tundidores y plateros y mesas de fruteras (que nunca se me olvidará la afrenta de cuando fui rey de gallos) sustentaba la (12) chimenea de casa todo el año. Callo las pensiones que tenia sobre los habares, viñas y huertos en todo aquello (13) del alderredor. Con estas y otras cosas comencé á cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecianmelos caballeros, y apenas me dejaban servir á don Diego, á quien siempre tuve el respecto que era razon, por el mucho amor que me tenia.

CAPITULO VII.

De la ida de don Diego, y nuevas de la muerte de mis padres, y la resolucion que tomé en mis cosas para adelante.

En este tiempo vino á don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venia otra de un tio mio llamado Alonso Ramplon, hombre allegado á toda virtud, y muy conocido en Segovia por lo que era allegado á la justicia, pues cuantas allí se habian hecho de cuatro años á esta parte han pasado por sus manos. Verdugo era, si va á decir la verdad, pero un águila en el oficio. Vérselo hacer daba gana de dejarse ahorcar. Este pues me escribió una carta á Alcalá desde Segovia, en esta forma:

CARTA.

«Hijo Pablos (que por el mucho amor que me tenia me llamaba así): Las ocupaciones grandes desta plaza en que me tiene ocupado su majestad, no me han dado lugar á hacer esto; que si algo tiene malo el ser-

(9) de cantonada, (R.)
 (10) á la Vitoria, (M. F.)
 (11) Retor (Id. Y lo mismo adelante.)
 (b) «Puede presumirse y aun creerse haber sido verdad, y ser QUEVEDO quien la hizo.» Tribunal de la justa venganza, pág. 62.
 (12) chimenea (R.)
 (13) de alderredor. (F.)

«vir al Rey, es el trabajo, aunque le desquita con esta negra honrilla de ser sus criados. Pésame de daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murió ocho días há con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo: dígoles como quien le guindó. Subió en el asno sin poner pié en el estribo; veniale el sayo baquero que parecía haberse hecho para él; y como tenía aquella presencia, nadie le veía con los cristos delante que no lo juzgase por ahorcado. Iba con gran desenfado mirando á las ventanas y haciendo cortesías á los que dejaban sus oficios por mirarle; hizose dos veces los bigotes; mandaba descansar á los confesores, y víbales alabando lo que decían bueno. Llegó á la de palo, puso el un pié en la escalera, no subió á gatas ni de espacio; y viendo un escalon hendido, volvióse á la justicia, y dijo que mandase adrezar aquel para otro; que no todos tenían su hígado. No sabré encarecer cuán bien pareció á todos. Sentóse arriba y tiró las arrugas de la ropa atrás; tomó la sogá, y písola en la nuez; y viendo que el teatro le quería predicar, vuelto á él le dijo: «Padre, yo lo doy por predicado, y vayan un poco de Credo, (1) y acabemos presto; que no querria parecer prolijo.» Hizose (2) así: encomendóme que le pusiese la caperuza de lado y que le limpiase las babas; yo lo hice así. Cayó sin encoger las piernas ni hacer gestos; quedó con una gravedad, que no había más que pedir. Hiciele cuartos, y díle por sepultura los caminos: Dios sabe lo que á mí me pesa de verle en ellos, haciendo mesa franca á los grajos; pero yo entiendo que los pasteleros desta tierra nos consolarán, acomodándole en los de á cuatro. De vuestra madre, aunque está viva agora, casi os puedo decir lo mismo; que está presa en la inquisicion de Toledo porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora. Dícese que daba paz cada noche á un cabron en el ojo que no tiene niña. Halláronla en su casa más piernas, brazos y cabezas que á una capilla de milagros; y lo ménos que (3) hacia era sobrevirgos y contrahacer doncellas. Dícen que representaba en un auto el día de la Trinidad, con cuatrocientos de muerte: pénsame; que nos deshonorá á todos, y á mí principalmente, que al fin soy ministro del Rey y me están mal estos parentescos. Hijo, aquí ha quedado no sé qué hacienda escondida de vuestros padres; será en todo hasta cuatrocientos ducados: vuestro tío soy; lo que (4) tenga ha de ser para vos. Vista esta, os podréis venir aquí; que con lo que vos sabéis de latín y retórica seréis singular en el arte de verdugo. Respondedme luego, y entre tanto Dios os guarde. (5) Etc.»

No puedo negar que sentí mucho la nueva afrenta; pero holguéme en parte (tanto pueden los vicios en los padres, que consuelan de sus desgracias, por grandes que sean, á los hijos.) Fúime corriendo á don Diego, que estaba leyendo la carta de su padre en que le mandaba que se fuese y no me llevase en su compañía, movido de las travesuras mías que había oído decir. Díjome cómo se determinaba ir, y todo lo que le mandaba su padre, que á él le pesaba dejarme, y á mí más. Dijo-

(1) acabemos (M. F.)

(2) así (Id.)

(3) hacia, sobrevirgos (Id.)

(4) tengo (R.)

(5) Segovia, etc. (M. F.)

me que me acomodaria con otro caballero amigo suyo para que le sirviese. Yo en esto, riéndome, le dije: «Señor, yo soy otro, y otros mis pensamientos; más alto pico y más autoridad me importa tener, porque si hasta ahora tenía, como cada cual, mi piedra en el rollo, ahora tengo mi padre.» Declaréle cómo había muerto tan honradamente como el más estirado; cómo le trincharon é hicieron moneda, y cómo me había escrito mi señor tío el verdugo desto y de la prisioncilla de mamá; que á él, como quien sabía quién yo soy, me pude descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho, y preguntóme qué pensaba hacer. Díle cuenta de mis determinaciones; y con esto al otro día él se fué á Segovia harto triste, y yo me quedé en la casa disimulando mi desventura. Quemé la carta, porque perdiéndose acaso no la leyese alguno, y comencé á disponer mi partida para Segovia con intencion de cobrar mi hacienda, y conocer mis parientes, para huir dellos.

CAPITULO VIII.

Del camino de Alcalá para Segovia, y lo que me sucedió en él hasta Rejas, donde dormí aquella noche.

Llegó el día de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que sentí el dejar tantos amigos y apasionados, que eran sin número. Vendí lo poco que tenía, de secreto, para el camino, y con ayuda de unos embustes hice hasta seiscientos reales. Alquilé una mula y saíme de la posada, adonde no tenía qué sacar más de mi sombra. ¿Quién contará las angustias del zapatero por lo fiado, las solicitudes del ama por el salario, las voces del huésped (6) por la casa, por el arrendamiento? Uno decía: «Siempre me lo dijo el corazón.» Otro: «Bien me decían á mí que este (7) era un trampista.» Al fin yo salí tan bienquisto del pueblo, que dejé con mi ausencia (8) á la mitad del llorando, y á la otra (9) mitad riéndose de los que lloraban. Ibame entreteniendo por el camino considerando en estas cosas, cuando, pasado Torote, encontré con un hombre en un macho de albarda, el cual iba hablando entre sí con muy gran prisa, y tan embebecido, que aun estando á su lado no me veía. Saludéle y saludóme; preguntéle dónde iba, y despues que nos pagamos las respuestas, comenzamos á tratar de si bajaba el turco, y de las fuerzas del Rey (a). Comenzó á decir de qué manera se podía ganar la Tierra Santa, y cómo se ganaría Argel; en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno. Proseguímos en la conversacion propia de picaros, y venimos á dar, de una cosa en otra, en Flándes. Aquí fué ello, que empezó á suspirar y decir: «Más me cuestan á mí esos estados que al Rey, porque há catorce años que ando con un arbitrio, que si como es imposible, no lo fuera, ya estuviera todo sosegado.» «¿Qué cosa puede ser (le dije), que conviniendo tanto, sea

(6) por el arrendamiento de la casa? (M. F.)

(7) era gran embustero y trampista. (Id.)

(8) á la mitad (R. F.)

(9) mitad (Id.)

(a) Los reuelos de que el Turco bajase con formidable escuadra eran ordinario asunto de los corrillos y de todas las conversaciones. Así, en *El ingenioso Caballero* se ve al Cura contar, entre otras nuevas, á don Quijote «que se tenía por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio ni adónde había de descargar tan gran nublado; y con este temor con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad.»

imposible y no se puede hacer?» «¿Quién dice á vuestra merced (dijo luego) que no se puede hacer? Hacerse puede, que ser imposible es otra cosa. Y si no fuera por dar pesadumbre á vuestra merced, le contara lo que es; pero allá se verá; que (1) agora lo pienso imprimir con otros trabajillos, entre los cuales le doy al Rey modo de ganar á Ostende por dos caminos (a). Roguéle que los dijese, y sacándole de las faldriqueras, me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro, y dijo: «Bien ve vuestra merced que la dificultad de todo está en este pedazo de mar; pues yo doy órden de chuparle todo con esponjas, y quitarle de allí.» Dí yo con este desatino, una gran risada; y él mirándome á la cara, me dijo: «A nadie se lo he dicho que no haya hecho otro tanto; que á todos les da gran contento.» «Ese tengo yo por cierto (le dije) de oír cosa tan nueva y tan bien fundada; pero advierta vuestra merced que ya que chupe el agua que hubiere entónces, tornará luego la mar á echar más.» «No hará la mar tal cosa; que lo tengo yo eso por muy apurado (me respondió); fuera de que yo tengo pensada una invencion para hundir la mar por aquella parte doce estados.» No le osé replicar, de miedo (2) que me dijese tenía arbitrio para tirar el cielo acá abajo: no vi en mi vida tan gran orate. Decíame que Juanelo no había hecho nada; que él trazaba agora de subir toda el agua de Tajo á Toledo de otra manera más fácil: y sabido lo que era, dijo que por ensalmo. ¡Mire vuestra merced quién tal oyó en el mundo! Y al cabo me dijo: «Y no lo pienso poner en ejecucion si primero el Rey no me da una encomienda; que la puedo tener muy bien, y tengo una ejecutoria muy honrada.» Con estas pláticas y desconciertos llegamos á Torrejon, donde se quedó, que venia á ver una parienta suya. Yo pasé adelante, pereciéndome de risa de los arbitrios en que ocupaba el tiempo, cuando Dios (3) enhorabuena desde lejos vi una mula suelta, y un hombre (4) junto á ella á pié, que mirando un libro, hacía unas rayas que media con un compas. Daba vueltas y saltos á un lado (5) y otro, y de rato en rato, poniendo un dedo encima de otro, hacía mil cosas saltando. Yo confieso que entendí por gran rato (que me paré desde algo lejos á verlo) que era encantador, y casi no me determinaba á pasar. Al fin me determiné, y llegando cerca, sintíome; cerró el libro, y al poner el pié en el estribo, resbalósele y cayó. Levantéle, y díjome: «No tomé bien el medio de proporcion para hacer la circunferencia al subir.» Yo no entendí lo que me dijo, y luego temí lo que era, porque más desatinado hombre no ha nacido de las mujeres. Preguntéme si iba á Madrid por línea recta, ó si iba por camino circunflejo. Y yo, aunque no le entendí le dije que circunflejo. Preguntóme cómo era la espada que llevaba al lado; respondíle que mía, y mirándola dijo: «Esos gavilanes habían de ser más largos, para reparar los tajos que se forman sobre el centro de las estocadas;» y empezó á meter una

(1) ahora (M. F.)

(2) Puso á Ostende sitio el marqués de Espinola en julio de 1601 y despues de tres años de estrechar la plaza, la tomó por fin á 22 de setiembre de 1604. En la primavera de este año ó en la del anterior pasa, por lo tanto, la accion del presente capítulo.

(3) que no me dijese (M. F.)

(4) y enhorabuena (Id.)

(5) á pié junto á ella, (Id.)

(6) y á otro, (Id.)

parola tan grande, que me forzó á preguntarle qué materia profesaba. Díjome que él era diestro verdadero, y que lo haria bueno en cualquiera parte (b). Yo, movido á risa, le dije: «Pues en verdad que por lo que yo vi hacer á vuestra merced en el campo, que más le tenía por encantador, viendo los círculos.» «Eso (me dijo) era que se me ofreció una treta por el cuarto círculo con el compas mayor (c), cautivando la espada para matar sin confesion al contrario, porque no diga quién lo hizo;» y estaba poniéndolo en términos de matemática. «¿Es posible (le dije yo) que hay matemática en eso?» Dijo: «No solamente matemática, mas teología, filosofía, música y (6) medicina (d).» «Esa postrera no lo dudo, pues se trata de matar en esa arte.» «No os burleis (me dijo); que ahora aprendeis la limpiadera contra la espada, haciendo los tajos mayores, que comprehendan en sí las espirales de la espada.» «No entiendo cosa de cuantas me decís, chica ni grande.» «Pues este libro las dice (me respondió), que se llama *Grandezas de la espada*, y es muy bueno y dice milagros (e). Y para que lo creáis, en Rejas, que dormiremos esta noche, con dos asadores me veréis hacer maravillas; y no dudeis que cualquier que leyere en este libro matará todos los que quisiere.» «O ese libro enseña á hacer pestes á los hombres, ó le compuso (dije yo) algun doctor.» «Cómo doctor? Bien lo entiende (me dijo); es un gran sabio, y aun estoy por decir más.»

En estas pláticas llegamos á Rejas: apeámonos en

(b) Cuando en España se tenía por ocupacion principal de los nobles é hidalgos el juego y ejercicio de las armas, llamábase antonomásticamente *diestro* al que lo era en el manejo de ellas, y *destreza* el arte y habilidad de esgrimir.

Muy pronto se quiso ajustar á reglas fijas y seguros compases los ciegos movimientos de la cólera y de la venganza; y el primero que en ello se ocupó entre nosotros, y escribió y publicó libro, fué Pedro de la Torre en 1474. Siguióle en 1552 Francisco Roman; pero superó á todos el célebre comendador Jerónimo Sanchez de Carranza, natural de Sevilla, á quien tuvieron sus contemporáneos por primer inventor de esta ciencia cuando sacó á luz su *Filosofía de las armas*, en 1582. Habíante, sin embargo, precedido, á más de Roman y la Torre, el mallorquin Jaime Ponz de Perpiñan, y los italianos Pedro Moncio, Achille Marozzo, Camillo Agrippa, Giacomo de Grasi y Joanes de la Agoche; y por último, el alemán Joaquin Meyer.

En los primeros dias del siglo xvii aspiró á eclipsar la gloria de Carranza don Luis Pacheco de Narvaez, caballero de Baeza, hombre presuntuoso y avalentado, que al fin vino á ser maestro de Felipe IV, y mayor en todos sus reinos. La audacia que mostraba la ambicion que mal encubria, el desden con que solia mirar los escritos de su famoso antecesor, ocasionáronle rivalidades, odios y acaloradas contiendas. Tuvo entre sus apasionados á Cristóbal Suarez de Figueroa, historiador, filósofo y poeta, al ingenioso y galano Luis Vélez de Guevara, y al profundo dramático don Juan Ruiz de Alarcon; entre sus adversarios, á don Luis Mendoza de Carmona, caballero de Ecija, defensor acérrimo de la doctrina de Carranza, y á don FRANCISCO DE QUEVEDO.

(c) Los *diestros* señalaban tres diferentes heridas con los nombres de círculo entero, medio círculo, y cuarto círculo, segun la parte de él que describe la punta de la espada.

(d) medicina. (Z.)

(e) Fina y saladísima sátira contra don Luis Pacheco de Narvaez. En su libro de las *Grandezas de la espada* se hallan tales desatinos; particularmente en el *Prólogo al lector*, en el cual se prueba que la *destreza de las armas que aquí se trata es ciencia*.

(f) Por título lleva: *Libro de las grandezas de la espada, en que se declaran muchos secretos del que compuso el comendador Jerónimo de Carranza. En el cual cada uno se podrá licionar y aprender á solas, sin tener necesidad de maestro que le enseñe. Dirigido á don Felipe III, rey de las Españas y de la mayor parte del mundo, nuestro señor. Compuesto por don Luis Pacheco de Narvaez, natural de la ciudad de Baeza, y vecino en la isla de Gran Canaria, y sargento mayor de la de Lanzarote. — Madrid, 1600.*